

ANIMALIDAD, JUSTICIA Y CULTURA: HACIA UNA ACTUALIZACIÓN EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE NIETZSCHE

Constanza Terra¹

Reseña:

Lemm, Vanessa. *La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2010

*El hombre es una cuerda tendida entre el animal
y el superhombre, –una cuerda sobre un abismo
Friedrich Nietzsche, Así habló Zaratustra*

Así caracteriza Nietzsche al ser humano en su *Zaratustra*: como una cuerda que une la animalidad y el superhombre. Vanessa Lemm en *La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano*, sostiene que esta consideración no es casual en el pensamiento nietzscheano, sino que es una proposición fundamental dentro de su filosofía. El ser humano es, para Nietzsche, parte de un *continuum* de la vida animal –continuidad que recorre al animal, al hombre y al superhombre. Esta continuidad entre la vida animal y la humana –y sobrehumana– choca de lleno con la forma tradicional de considerar la vida del hombre que lo sitúa en el punto más alto de las formas de vida. Por ello es que este libro se plantea como un primer estudio sistemático sobre el animal en Nietzsche –o sobre la filosofía animal de Nietzsche–, pues la animalidad no es un elemento tomado al azar, sino que constituye un punto crucial en su pensamiento: solo el animal humano –o el humano animal– tiene cultura.

De esta manera, el libro de Lemm se construye sobre una pregunta doble que reza así: “qué significa que un animal tenga cultura y de qué manera la animalidad puede querer cultura” (15). Que el animal tenga cultura –o que sea primordialmente formador de cultura– se debe a que la cultura es un fenómeno de la vida, y la animalidad está contenida dentro del *continuum* de la vida. Vida y cultura se entrelazan por medio de un antagonismo entre las nociones de olvido y memoria. Para Lemm, el análisis de este antagonismo es fundamental para rastrear la relación que hay entre la vida y la cultura –o, más bien, entre la animalidad y la cultura. Para Nietzsche, el olvido es una cualidad que pertenece principalmente al animal. La memoria, en cambio, es constitutiva del ser humano, y al sobrehumano (superhombre) le pertenece, por último, la promesa. Estas tres formas no están constitutivamente estratificadas, sino que todas forman

¹ Licenciada en Teoría e Historia del arte (Universidad de Chile). Estudiante del magíster en Pensamiento Contemporáneo (Universidad Diego Portales). Participó en la conferencia internacional “Walter Benjamin: convergencias entre Estética y Teología Política” (Octubre, 2010). Actualmente es alumna tesista del proyecto Fondecyt del profesor Juan Manuel Garrido.

parte de la continuidad de la vida. Al afirmar la continuidad de la vida –entre las formas animales y humanas–, se afirma, a la vez, la cultura. Es por esto que la animalidad, entendida como la continuidad de la vida, forma cultura.

Para ilustrar cómo la animalidad –en tanto *continuum* de la vida– genera cultura, Lemm establece un recorrido que parte por el análisis crítico del antagonismo existente entre la cultura y la civilización (“Cultura y Civilización”), donde la cultura es aquella que parte del *cultivo* y la *educación*, mientras que la segunda se gesta por medio de la *domesticación* y la *cría*. Para Nietzsche, siguiendo la lectura de Lemm, el proyecto civilizatorio se funda sobre una violencia contra el animal –o contra la animalidad del hombre–, al que se oprime en pos de lograr un proceso de racionalización y moralización. La cultura, en cambio, comienza con la afirmación de la animalidad como elemento constitutivo de la vida, pues a partir de ello es posible sostener formas “plenas y desbordantes de vida, que no constituyan formas de poder sobre la vida animal” (20). Por ello es que la misión de la cultura, en tanto afirmación de esta continuidad entre la vida animal/humana, es crítica, pues intenta demostrar que el proceso de racionalización coincide con un proyecto de dominación sobre la animalidad del hombre. Para Lemm, cuando la cultura se impone sobre la civilización se logra una libertad de la animalidad y del espíritu, donde se cultivan los sueños, las pasiones, las ilusiones y el *olvido* que son constitutivos del animal. El retorno a la cultura, en tanto afirmación del *olvido* animal, no consiste en una vuelta a la naturaleza, tampoco en una creencia en el progreso o en un futuro promisorio. La cultura es una afirmación de la vida que sucede aquí y ahora, no con los ojos puestos en el pasado o en el futuro, sino en el propio presente vivo. Por ello es que el *olvido* animal es esencial para la conformación de la cultura, pues con la memoria propia del humano la vida termina volcada en el pasado. El antagonismo entre cultura y civilización es, para Nietzsche, indispensable para desarrollar las fuerzas vitales humanas y animales, pues a la luz de estas dos fuerzas se puede lograr una forma de vida más plena y desbordante.

Luego, Lemm expone cómo se puede superar la dominación y la biopolítica, por medio del desarrollo de la animalidad y la promesa (“Política y promesa”). Cuando la política se erige olvidándose de la animalidad se crean formas políticas de dominación sobre la vida animal y humana del hombre. “Convertir al animal humano en algo idéntico y fácil de identificar es una forma de acrecentar el dominio sobre la vida y su devenir” (91). En cambio, cuando sí se toma en consideración la animalidad del ser humano, emerge una política de la responsabilidad, donde se establece la promesa de romper con la cadena de dominación sobre las formas de vida humanas y animales. Esta promesa de la cultura está formada completamente por lo *por venir*, y no por el hecho de trazar un futuro previsible y estable. La contingencia y la novedad conforman esta promesa, cuya configuración está dada por la animalidad del ser humano. En el tercer capítulo (“Cultura y economía”) Lemm expone otra forma de superar la dominación que impone el proceso civilizatorio. En esta sección, Lemm realiza una contraposición entre una economía producida por la civilización y una formada por la cultura, donde la primera instituye formas de dominación sobre los hombres y la segunda emancipa la vida animal humana y su producción: “Mientras la política de la civilización instituye formas de organización social y

política que requieren del disciplinamiento y la domesticación de la animalidad del ser humano, la política de la cultura ofrece una reconceptualización de la relación entre política y vida que emancipa a esta última de su rol de objeto de dominación política” (128).

En estas ideas que Lemm traza acerca del pensamiento nietzscheano sobre cultura, economía y política, se puede ver cómo la civilización y la cultura se necesitan mutuamente, pero lo que finalmente logra romper con el círculo de dominación es la cultura. Es en este punto donde Lemm instala la figura de justicia en Nietzsche. En el cuarto capítulo (“Don y Perdón”), la idea de justicia en Nietzsche está motivada por la práctica de la donación. La idea de donación contrasta radicalmente con el perdón cristiano, pues este último no logra salir del círculo de la venganza ni tampoco potencia la vida humana animal. El olvido animal es lo importante en la práctica de la donación, pues solo así se restablece la justicia: el donar consiste en un *darse* uno mismo, para proporcionar libertad y justicia. Como sostiene la autora: “el olvido animal no solo es indispensable para romper el ciclo de la venganza, sino que además es crucial para establecer una relación con el otro basada en la donación” (159). De esta manera, la donación no es una virtud humana, sino que es una virtud que pertenece al animal. El olvido animal transforma el sufrimiento pasado en vida futura, mientras que el perdón cristiano, al estar enfrascado en el pasado, no puede abrirse hacia el futuro y por ello se queda dentro del ciclo de la venganza. En la donación, no hay una relación de dominación sobre el otro, sino que es un *darse* al otro, afirmando su singularidad irreducible.

En los dos últimos capítulos, Vanessa Lemm destaca las nociones de creatividad y lenguaje que están presentes en la filosofía animal de Nietzsche (“Animalidad, Creatividad e Historicidad”; “Animalidad, Lenguaje y Verdad”). En primer lugar, Lemm subraya la importancia de la animalidad –y del olvido animal– en el concepto de historia en Nietzsche. El olvido precede a la memoria, ya que precisamente se recuerda aquello que primero se olvida. El animal, según la formulación que Lemm establece sobre Nietzsche, es un ser histórico que olvida, pero en su olvido irrumpe una fuerza creadora. La creatividad es esencial para la noción de historia en Nietzsche, porque para él la historia no ha de entenderse como una ciencia exacta, sino como una obra de arte, como una interpretación. El pasado no está dado y cerrado sobre sí mismo, sino que es un lugar que está abierto. Y es justamente la apertura del pasado la que permite que este pueda ser reformulado, reinterpretado y repensado. En esa apertura descansa el potencial creativo de la historia, que más que estar vuelta hacia ese pasado cerrado sobre sí mismo, está volcada hacia la vida *por venir* . Es ahí donde Lemm introduce el concepto de historiografía artística, como aquella que hace del pasado un lugar abierto y reinterpretable, vuelto hacia la vida *por venir* . En Nietzsche, esta historiografía artística alcanza su cúspide con las reediciones de sus prefacios, que son una apertura de lo ya escrito, de lo ya pasado, porque está siempre abierto a la lectura *por venir* .

Por último, Lemm reconstruye la crítica nietzscheana a la metafísica (elaborada, principalmente, en su ensayo temprano *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*), pues ve en ella un intento por renovar el significado de la filosofía como búsqueda de la verdad. Es aquí donde Lemm vuelve sobre la figura nietzscheana de pensamiento pictórico, como aquel que surge de la

inmediatez de un encuentro con la vida. El pensamiento pictórico contrasta con el pensamiento abstracto, pues este último se erige como una amenaza para la vida que reduce su experiencia a mero aparato conceptual. El pensamiento pictórico, en cambio, surge de la intuición y de la experiencia directa con la vida. Nietzsche asocia el pensamiento pictórico con el pensamiento que tienen los animales. Por ello es que una búsqueda filosófica de la verdad depende, en gran medida, de este retorno al pensamiento animal, a una vuelta al pensamiento pictórico, como pensamiento surgido de la inmediatez del encuentro con la vida.

Vanessa Lemm concluye su libro con una lectura afirmativa de la biopolítica, donde plantea que la continuidad existente entre la animalidad y la humanidad se erigiría como una resistencia al proyecto de dominación y control sobre los procesos vitales –proyecto marcado por la modernidad y que se extendería hasta nuestros días. La continuidad de la vida, la continuidad de la animalidad en el humano, contribuye a afirmar formas de vida singulares y no totalizables, interrumpiendo la producción de especies humanas. De este modo, *La filosofía animal de Nietzsche* proporciona nuevas e interesantes contribuciones para el pensamiento de la biopolítica afirmativa y para el debate político contemporáneo. El pensamiento de la filosofía animal en Nietzsche fomenta nuevas formas de resistencia para el proyecto de dominación sobre los procesos vitales, además de suministrar una pluralización de las formas de vida, las cuales se afirman a través de la continuidad entre la vida animal y la vida humana (o, más bien, entre la vida animal y la vida política). Vanessa Lemm abre nuevas lecturas para volver a pensar la filosofía de Nietzsche, donde la justicia y la animalidad asoman como las nuevas claves para entender su pensamiento político. Y si bien una revisión al pensamiento político de Nietzsche puede parecer extemporánea para el debate político actual, Lemm nos demuestra la inefable vigencia que este discurso conserva a la luz de la biopolítica afirmativa y la vida animal, como fuentes de resistencia y justicia.